

fuerzas y diligencia lo que es pura gracia y misericordia de Dios. Pues por esto (1) nos niega el Señor muchas veces sus dones, y permite que millares de veces experimente uno su propia imposibilidad en muchas obras buenas grandes y pequeñas, y que no pueda obrar cuando querría; y permite que dure por mucho tiempo esa imposibilidad, para que aprenda á humillarse y á no confiar de sí, ni atribuirse cosa alguna, sino que todo el bien lo atribuya á Dios; y entonces podrá cantar y decir: *Arcus fortium superatus est, et infirmi accincti sunt robore.* I Reg. II, v. 4. Las armas de los fuertes fueron vencidas, y los flacos han sido ceñidos de fortaleza.

CAPÍTULO XVI.

Del remedio de la oracion, y pónense algunas oraciones jaculatorias acomodadas para el tiempo de las tentaciones.

El medio de la oracion siempre se ha de tener por muy encomendado, porque es un remedio generalísimo y de los mas principales que la divina Escritura y los Santos nos dan para esto. Y el mismo Cristo nos le enseña en el sagrado Evangelio: *Vigilate, et orate, ut non intretis in tentationem.* Matth. xxvi, v. 41. Velad y orad, porque no entreis en la tentacion. Y no solo de palabra, sino con su

(1) D. Vincentius, tractat. de vita spirituali, cap. 3.

propio ejemplo, nos le quiso enseñar la noche de su Pasion, apercibiéndose para aquella batalla con larga y prolija oracion, no porque él tuviese necesidad, sino para enseñarnos á nosotros que lo hagamos así en todas nuestras tentaciones y adversidades. El abad Juan decia que ha de ser el religioso como un hombre que tiene á la mano izquierda el fuego y á la derecha el agua, para que encendiéndose el fuego, luego eche agua y le apague. Así en encendiéndose el fuego del pensamiento torpe y malo, habemos de tener luego á la mano el agua y refrigerio de la oracion para apagarle. Traia tambien otra comparacion, y decia, que el religioso es semejante á un hombre que está sentado debajo de un árbol grande, *Prov. I, v. 17*, el cual viendo venir muchas serpientes y bestias fieras contra sí, como no las puede resistir, súbese encima del árbol, y así se salva. De la misma manera el religioso, cuando venir las tentaciones, se ha de subir á lo alto con la oracion, y acogerse á Dios, y así se salvará y librá de las tentaciones y lazos del demonio: *Frustra autem jacitur rete ante oculos pennatorum.* Psalm. xxiv, v. 15. En balde trabajará y echará él sus redes, si nosotros sabemos volar y subirnos á lo alto con las alas de la oracion: *Oculi mei semper ad Dominum: quoniam ipse evellat de laqueo pedes meos.*

En la primera parte tratamos largamente de este medio de la

oracion; ahora solamente recogeremos algunas oraciones jaculatorias de que nos podemos ayudar en semejantes tiempos. Llena tenemos la sagrada Escritura, Isai. xxxviii, v. 14, especialmente los Salmos, de oraciones acomodadas para esto, cuales son: *Domine vim patior, responde pro me. Exurge, quare obdormis Domine? Exurge, et ne repellas in finem. Quare faciem tuam avertis, oblivisceris inopia nostra, et tribulationis nostra?* Psalm. xliii, v. 24. Levantaos, Señor, ¿por qué dormís, por qué apartais vuestro rostro, y os olvidais de nuestra pobreza y tribulacion? *Apprehende arma, et scutum, et exurge in adiutorium mihi: dic anime meae: Salus tua ego sum.* Psalm. xxxiv, v. 2. Tomad armas y escudo, y levantaos en nuestra ayuda; decid á mi ánima: Yo soy tu salud: *Usquequo Domine oblivisceris me in finem? Usquequo avertis faciem tuam à me? Usquequo exaltabitur inimicus meus super me? Respice, et exaudi me Domine Deus meus. Illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte, nequando dicat inimicus meus, praevalui adversus eum.* Psalm. xii, v. 1 et 3. ¿Hasta cuándo, Señor, me habeis de olvidar? ¿Hasta cuándo habeis de apartar de mí vuestro rostro? ¿Hasta cuándo se ha de gloriarse mi enemigo sobre mí? Mirad, Señor, y oidme, y alumbrad mis ojos, para que no duerma sueño de muerte, ni pueda decir mi enemigo que prevaleció contra mí: *Adjutor in opportunitatibus, in tribulatione.* Psalm. ix,

v. 10. Vos, sois, Señor, nuestro refugio y amparo en el tiempo de la necesidad y tribulacion: *In umbra alarum tuarum sperabo.* Psalm. lvi, v. 2. *Et in velamento alarum tuarum exultabo.* Psalm. lxii, v. 8. Así como los pollitos se guarecen debajo de las alas de su madre cuando viene el milano; así nosotros, Señor, estaremos bien guarecidos y guardados debajo de vuestras alas. San Agustin se alegraba mucho con esta consideracion, y decia á Dios: *Si non me protegis, quia pullus sum, milvus me rapiet:* Señor, pollito soy tierno y flaco, y si Vos no me amparais, arrebatarme el milano: *Sub umbra alarum tuarum protege me.* Psalm. xvi, v. 8. Amparadme, Señor, debajo de vuestras alas. Particularmente es maravilloso para este efecto aquel principio del salmo lxvii, v. 1: *Exurgat Deus, et dissipentur inimici ejus, et fugiant qui oderunt eum à facie ejus:* Levántese Dios, y sean desbaratados sus enemigos: huyan de delante de él los que le aborrecen; porque como les ponemos delante, no nuestra virtud, sino la de Dios, desconfiando de nosotros, é invocando contra ellos el favor de su Majestad, desfallecen y huyen, viendo que ha de salir él á la causa contra ellos en favor nuestro.

Unas veces con estas, ú otras semejantes palabras de la sagrada Escritura, que tienen particular fuerza; otras veces con palabras salidas de nuestra necesidad (que tambien suelen ser muy eficaces), siempre habemos de tener muy á la ma-

no este remedio de acudir á Dios con la oracion ; y así solia decir el P. M. Ávila : «La tentacion á vos, y vos á Dios.» *Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi.* Psalm. cxx, v. 1. Levanté mis ojos á aquellos montes soberanos de donde me ha de venir todo el socorro y favor : *Auxilium meum à Domino, qui fecit cælum et terram.* Y habemos de procurar que estos clamores y suspiros salgan, no solamente de la boca, sino de lo íntimo del corazon, conforme á aquello del Profeta. Psalm. cxxix, v. 1. *De profundis clamavi ad te Domine.* Dice san Juan Crisóstomo, t. 1, homil. sup. Psalm. cxxix, sobre estas palabras : *Non dixit solummodo ex ore, neque solummodo ex lingua: nam errante etiam mente, verba funduntur; sed ex corde profundissimo, cum magno studio, et magna animi alacritate ex ipsis mentis penetralibus:* No dijo ni clamó solamente con la boca, porque estando el corazon distraido puede la lengua hablar ; sino de lo profundísimo y mas íntimo de sus entrañas, y con grande fervor clamaba á Dios.

CAPÍTULO XVII.

De otros remedios contra las tentaciones.

El bienaventurado san Bernardo, de interior. domo, c. 47, dice : que el demonio, cuando quiere engañar á uno, primero mira muy bien su natural, su condicion é inclinacion, y á donde le ve mas in-

clinado, por allí le acomete ; y así á los blandos y de suave condicion les acomete con tentaciones deshonestas y de vanagloria, y á los que tienen condicion áspera, con tentaciones de ira, de soberbia, de indignacion é impaciencia. Lo mismo nota san Gregorio, y trae una buena comparacion : dice que así como uno de los principales avisos de los cazadores es saber á qué linaje de cebo son mas aficionadas las aves que quieren cazar, para armarles con eso ; así el principal cuidado de nuestros adversarios los demonios es saber á qué género de cosas estamos mas aficionados, y de qué gustamos mas, para armarnos y entrarnos por ahí : y así vemos que acometió y tentó el demonio á Adán por la mujer, porque sabia la aficion grande que le tenia ; y á Sansón tambien por ahí le acometió y le venció, para que declarase el enigma, y para que dijese en qué estaba su fortaleza. Anda el demonio como diestro guerrero rodeando y buscando con mucha diligencia la parte mas flaca de nuestra alma, la pasion que reina mas en cada uno, y aquello á que es mas inclinado, para combatirlo por allí ; y así esta ha de ser tambien la prevencion y remedio que nosotros habemos de poner de nuestra parte contra este ardid del enemigo, reconocer la parte mas flaca de nuestra ánima, y mas desamparada de virtud, que es donde la inclinacion natural, ó la pasion ó costumbre mala mas

nos llena, y poner ahí mayor cuidado y defensa.

Otro remedio muy conforme á este nos le ponen los Santos y maestros de la vida espiritual. Dícen que hábemos de tener por regla general, cuando somos combatidos de alguna tentacion, acudir luego á lo contrario de ella, y defendernos con ello ; porque de esta manera curan acá los médicos las enfermedades del cuerpo : *Contraria contrariis curantur.* Cuando la enfermedad procede de frio, aplican cosas calientes, y cuando de sequedad, cosas húmedas ; y de esa manera los humores se reducen á un medio, y se ponen en conveniente proporcion. Pues de esa misma manera habemos nosotros de curar y remediar las enfermedades y tentaciones del alma, y eso es lo que nos dice nuestro santo Padre (1). «Débense prevenir las tentaciones con los contrarios de ellas, como es, cuando uno se entiene ser inclinado á soberbia, ejercitándose en cosas bajas, que se piensa le ayudarán para humillarse ; y así de otras inclinaciones siniestras.»

CAPÍTULO XVIII.

De otros dos remedios muy principales, que son resistir á los principios, y nunca estar ociosos.

Otro remedio muy bueno y general nos dan aquí los Santos, y

(1) Part. 3 Constit. cap. 1, § 13; et regul. 14 summar.

es, que procuremos resistir á los principios. Dice san Jerónimo : *Dum parvus est hostis interfice: nequitia elidatur in semine.* Cuando el enemigo es pequeño, matadle, ahogadle en su principio, y deshacedle en su raíz antes que crezca ; porque despues por ventura no podréis. Es la tentacion como una centella de fuego, que si una vez prende, crece y abrasa : *A scintilla una augetur ignis,* Eccli. xi, v. 34 : así dijo muy bien el otro : *Principiis obsta: sero medicina paratur, cum mala per longas invaluere moras.* Resiste á los principios : tarde viene el remedio cuando la llaga es muy vieja. Y mucho mejor nos avisa de esto el Espiritu Santo por el profeta David, Psalm. cxxxvi, v. 9 : *Beatus qui tenebit, et allidet parvulos tuos ad petram ;* y por su hijo Salomon : *Capite nobis vulpes parvulas, que demoliuntur vineas.* Cant. ii, v. 15. Cuando las raposillas de las tentaciones son pequeñas, cuando comienzan los pensamientos de juicios, de soberbia, de la aficioncilla, de la amistad y de la singularidad, entonces los habeis de quebrantar en la piedra firmísima, que es Cristo nuestro Redentor, con su ejemplo y consideracion, para que no crezcan y vengán á destruir la viña de nuestra alma. No podemos excusar que no nos vengán tentaciones y pensamientos malos ; pero bienaventurado aquel que al principio, cuando comienzan á venir, se sabe sacudir de ellos. Así declara san Jerónimo, epist. ad Eustoch., este

lugar. Importa mucho resistir á los principios cuando el enemigo es flaco y tiene pocas fuerzas; porque entonces el resistir es fácil, y despues muy dificultoso.

San Crisóstomo, contra concubinar., declara esto con una comparacion. Así como si á un enfermo le viene apetito de comer una cosa dañosa, y vence aquel apetito, se libra del daño que le habia de hacer aquella mala comida, y sana mas presto de la enfermedad; mas si por tomar aquel poco de gusto come el manjar dañoso, agrávasele la enfermedad, y viene á morir de ella, ó á tener muy grande pena en la cura, todo lo cual pudiera excusar con tomar un poco de trabajo en refrenar al principio aquel apetito de gula de comer aquel manjar dañoso; así, dice, si cuando al hombre le viene el mal pensamiento ó el deseo de mirar, se vence en eso al principio, refrenando la vista, y desechando luego el mal pensamiento, librarás de la molestia y pena de la tentacion que de allí se le habia de levantar, y del daño en que consintiendo podria caer; pero si no se vence y refrena al principio por aquel pequeño descuido, y por aquel poquito de gusto que recibió mirando ó pensando, viene despues á morir en el alma, ó á lo menos á tener gran trabajo y pena resistiendo. De manera que lo que al principio le costara poco ó casi nada, le viene despues á costar mucho. Y así concluye el Santo que importa gran-

demente resistir á los principios.

En las vidas de los Padres, 1 p., pág. 913, se cuenta que el demonio se le apareció una vez al abad Pacomio en figura de una mujer muy hermosa, y riéndole el Santo porque usaba de tanta malicia para engañar á los hombres, le dijo el demonio: Si comenzais á dar alguna entrada á nuestras tentaciones, luego os ponemos mayores incentivos para provocaros mas á pecar; empero, si vemos que al principio resistís, y no dais entrada á las imaginaciones y pensamientos que os traemos, como humo desaparecemos.

Tambien es gran remedio contra las tentaciones nunca estar ociosos, y así dice Casiano que aquellos Padres de Egipto tenian esto por primer principio, y lo guardaban como tradicion antigua recibida de sus mayores, y lo encomendaban mucho á sus discípulos por singular remedio: *Semper te diabolus occupatum inveniat*: Hálete siempre el demonio ocupado. Y así se lo enseñó Dios á san Antonio, y le dió este medio para poder perseverar en la soledad y defenderse de las tentaciones; y lo trae san Agustin, serm. 17 ad frat. in eremo. Dice que san Antonio no podia siempre estar en oracion con ser san Antonio, y era combatido y fatigado algunas veces de diversos pensamientos, y pidió á Dios: Señor, ¿qué haré, que querria ser bueno, y mis pensamientos no me dejan? Y oyó una voz que le dijo:

Antoni, si cupis Deo placere, ora: et dum orare non poteris, manibus labora, et semper aliquid facito: fac quod in te est, et non deficiet tibi auxilium de sancto: Antonio, si deseas agrandar á Dios, ora; y cuando no pudieres orar, trabaja: procura siempre estar ocupado en algo, y hacer lo que es de tu parte, y no te faltará el favor del Señor. Otros dicen que le apareció un Ángel en figura de un mancebo, que cavaba un poco, y otro poco estaba puesto de rodillas en oracion, las manos puestas y levantadas, que era decirle lo mismo. La ociosidad es raíz y origen de muchas tentaciones y de muchos males, y así nos importa mucho que nunca el demonio nos halle ociosos, sino siempre ocupados.

CAPÍTULO XIX.

De las tentaciones que vienen con apariencia de bien, y que es gran remedio contra todas las tentaciones el conocerlas y tenerlas por tales.

San Buenaventura, proces. 4 Relig., c. 12, avisa otra cosa comun, pero muy necesaria; y es, que estamos advertidos que á los buenos que tratan de virtud y de perfeccion procura el demonio acometerles siempre con apariencia de bien, transfigurándose en Ángel de luz. Los venenos y ponzoña, dice san Jerónimo, no se dan sino cubiertos con azúcar ó con otra cosa

gustosa para que no se sientan, y el cazador esconde el lazo con cebo. Así lo hace el demonio: *In via hac qua ambulabam absconderunt laqueum mihi*. Psalm. cxli, v. 4. Porque si claramente y al descubierto acometiese con lo malo, los que aman la virtud y desean servir á Dios huirian de ellos, y no haria nada con ellos. Y así dice san Bernardo: *Bonus, nunquam nisi boni simulatione deceptus est*. Bern. serm. 66 in Cant. El bueno y virtuoso nunca es engañado sino con apariencia de bien. Es el demonio muy astuto, y sabe muy bien por dónde ha de entrar á cada uno; y así para mejor conseguir su intento entra muy disimulado. Lo primero, dice san Buenaventura, propone cosas de suyo buenas, luego las mezcla con las malas, despues ofrece falsos bienes y verdaderos males; y cuando tiene ya á uno en el lazo, que con dificultad puede salir de él, entonces muestra claramente su ponzoña, y le hace caer en pecados manifiestos. Es como el escorpion, que tiene una cara halagüeña, y en la cola tiene el veneno con que mata. ¡Cuántos, dice san Buenaventura, han trabado conversacion y amistad con algunas personas, so color de espíritu, pareciéndoles que todo aquel trato era de Dios y espiritual, y que aprovechaban sus almas con aquello! y por ventura al principio era así; pero ese es el ardid del demonio que vamos ahora descubriendo: *Non enim ignoramus cogitationes ejus*, II ad

Cor. II, v. 11, como dice el apóstol san Pablo: bien sabemos sus celadas, sus entradas y salidas: por ahí comienza él; primero por cosas buenas, pero luego se siguen de ahí largas pláticas y conversaciones, y unas veces son de Dios, y otras del mucho amor que se tienen: luego se sigue de ahí el darse algunas coxillas y donecillos en señal de amor y para que se acuerde el uno del otro; las cuales cosas, como dice san Jerónimo (1): *Sanctus amor non habet*: son señal clara de amor no santo. Va ya mezclando el demonio males con bienes; y de ahí se siguen falsos bienes y verdaderos males. De esta manera engaña el demonio á muchos en este y en otros muchos vicios, cubriéndolos con velo de virtud para que no se entienda ni conozca lo que son. Como el que se finge ser amigo de otro para tener entrada con él y después matarle á traición, como hizo (2) Joab con Amasa, y Judas con Cristo nuestro Redentor, entregándole y vendiéndole con beso de paz. Y así es menester que nos guardemos mucho de estas tentaciones que vienen con apariencia de bien, y que estemos muy sobre aviso, porque son tanto mas peligrosas, cuanto son menos conocidas. Por lo cual pedía el Profeta al Señor que le librase del demonio de mediodía: *Ab incurso, et demonio meridiano*. Aun no se contenta

(1) Hieronymus, epist. 2 ad Nepotianum, tom. 1.

(2) II Reg. xx, 9; Luc. xxii, 48.

el demonio (1) con transfigurarse en ángel de luz, como dice el apóstol san Pablo, sino que se transfigura en luz de mediodía, haciendo que parezca muy claro y resplandeciente lo que es oscuridad y tinieblas, y haciendo entender que no hay que dudar, ni hay peligro ninguno, sino que es claramente bueno lo que es ciertamente malo y de suyo muy peligroso. Hay algunos ladrones, los cuales andan tan vestidos de seda, que no hay quien les conozca, ni piense que puede haber tal maldad en hombres que parecen tan honrados, hasta que los hallan con el hurto en las manos. Entonces se espantan cómo aquellos eran ladrones, y dicen: ¿Quién pensara tal? Así es la tentación que viene con apariencia de bien.

Doctrina es comun de los Santos y maestros de la vida espiritual, que es gran remedio contra todas las tentaciones conocer que es tentación aquella que me combate: como lo es conocer á uno por enemigo para guardarse de él. Y por eso tambien decíamos arriba, trat. 1, cap. 11, que el propio conocimiento es un medio eficazísimo para vencer todas las tentaciones. Y veráse bien la fuerza de este medio por aquí: si cuando viene la tentación y el movimiento y apetito malo véiseis delante de vos un demonio horrible y espantoso, que os está persuadiendo á

(1) Bernardus, serm. 33 super Cantic.; Psalm. xc, 6; II Cor. xi, 14.

aquello, ¿qué haríais? Luego os santiguaríais, é invocaríais el nombre de Jesús; no sería menester mas de ver que el demonio es el que os persuade á ello, para entender que es engaño y tentación, y huir de ello. Pues esto pasa al pié de la letra en nuestras tentaciones. Así como tenemos con nosotros cada uno su Ángel custodio, conforme á aquellas palabras de Cristo: *Videte ne contemnatis unum ex his pusillis: dico enim vobis, quia Angeli eorum in caelis semper vident faciem Patris mei qui in caelis est*. Matth. xviii, v. 10. Mirad no menospreciéis uno de estos pequeñitos; porque os digo de verdad, que sus Ángeles siempre ven el rostro de mi Padre que está en los cielos. Sobre las cuales palabras dice san Jerónimo, sup. Matth.: *Magna dignitas animarum; ut unaquaque habeat ab ortu nativitatis in custodiam sui Angelum deputatum*: Grande es la dignidad de las almas, y en mucho las estima Dios, pues en naciendo el hombre (1) luego le deuta un Ángel que le guarde y tenga cuidado de él. Así como un padre principal da á un hijo muy querido un ayo que le guarde en lo corporal, y le enseñe en las costumbres; así Dios nos quiso y estimó en tanto, que dió á cada uno un Ángel por ayo. Pues volviendo á nuestro punto, tambien traemos contra nosotros

(1) Ita Sancti et Doctores gravissimi, quos referunt P. Joan. Maldona. sup. locum citatum Matth.; et P. Gabriel Vazquez, sup. 1 part. S. Thom. t. 2, disp. 245, cap. 2.

cada uno un demonio que atiende y se ocupa en solicitarnos á lo malo, y causar en nosotros malos pensamientos y peores movimientos, y está siempre guardando la ocasión y coyuntura para eso, porque nunca duerme, y está mirando nuestra inclinación y lo que nos da mas gusto, para acometernos y tentarnos por allí, tomando por medio nuestra carne y sensualidad para hacernos mal. Y así dijo Dios al demonio: *Numquid considerasti servum meum Job?* Job, II, v. 3. ¿No has considerado á mi siervo Job? como á quien andaba tras él: *Et diabolus est à dextris ejus*, Psalm. cviii, 6: de manera que siempre anda el demonio á nuestro lado. Y así, cuando os viniere algun movimiento ó algun pensamiento que os incite á hacer algun pecado ó alguna imperfección, entended que esa es tentación del demonio, y santiguaos y guardaos como si véiseis al mismo demonio que os está diciendo que hagais aquello.

San Gregorio (1) trae un ejemplo que le aconteció al bienaventurado san Benito con un monje suyo, con que se declara bien esto. Dice que un monje era muy tentado de la vocación: parecía que no podía llevar el rigor de la Religión, y quería volver al mundo; acudía muchas veces con esta tentación á san Benito: el Santo decía que era tentación del demonio, y aconsejábale lo que convenia. Y como hiciese esto muchas veces, y

(1) Gregor. lib. 2 Dialog. cap. 15.

no aprovechase para que el novicio dejase de hacer instancia para irse, el Santo, cansado é importunado, dijo que fuese en buena hora, y mándale dar sus vestidos; pero al fin, como padre, no pudo dejar de sentirlo, y púsose en oracion por él. Y en saliendo el monje por las puertas del monasterio para irse al mundo, ve venir contra sí un grande dragon que, abierta la boca, le queria tragar. Él temblando y palpitando comienza á dar grandes voces: *Succurrite fratres: succurrite fratres*: Socorredme, socorredme, hermanos, porque este dragon me quiere tragar. Acudieron los monjes á las voces, y no vieron el dragon; pero hallaron al monje temblando, y cási ya agonizando: tráenle al monasterio, y en viéndose dentro, hizo voto de nunca mas salir de él. Y así lo cumplió, y no fue de ahí adelante molestado de aquella tentacion. Nota allí san Gregorio que por las oraciones del bienaventurado san Benito vió al dragon que le queria tragar, al cual antes no veia, y así le seguia, porque no le tenia por dragon ni por demonio; pero cuando le vió y conoció, comenzó á dar voces y á pedir socorro para librarse de él. De manera que no es esta imaginacion ni consideracion inventada de nuestra cabeza, sino que pasa así en realidad de verdad, que el demonio es el que nos acomete con la tentacion. Y así nos lo avisa tambien el apóstol san Pedro, como buen pastor, y nos lo trae cada

dia á la memoria nuestra madre la Iglesia, como cosa de mucha importancia: *Fratres, sobrii estote, et vigilate: quia adversarius vester diabolus, tanquam leo rugiens circuit, quærens quem devoret: cui resistite fortes in fide*. I Petr. v, v. 8. Hermanos mios, estad siempre á punto y sobre aviso, porque vuestro adversario el demonio anda como un leon bramando, buscando y rodeando á ver si hallará á quien tragar; resistidle varonilmente, y no os dejeis llevar de sus engaños y persuasiones.

CAPÍTULO XX.

Cómo nos habemos de haber en las tentaciones de pensamientos malos y feos, y de los remedios contra ellas.

Acerca de esto se ha de advertir lo primero, que hay algunos que se entristecen y afligen mucho cuando se ven combatidos de pensamientos malos, de blasfemias, ó contra la fe, ó pensamientos torpes y deshonestos, tanto, que algunas veces les parece que el Señor les ha desamparado y olvidado, y que deben de estar en su desgracia, pues tales cosas pasan por ellos. Este es un engaño grande. Cuenta Gerson, 3 part. fol. 71, de un monje, que hacia vida solitaria en el yermo, que era muy tentado y afligido de pensamientos de blasfemias, y de otros muy feos y torpes, y habia veinte años que pa-

decia esta tentacion, y no se atrevia á descubrirla á nadie, pareciéndole ser aquella una cosa nunca oída ni vista, y que se escandalizaria el que la oyese. Finalmente, al cabo de veinte años, fué á un Padre muy antiguo y experimentado, y aun no se atrevió á decírselo de palabra, sino escríbelo en un papel, y dáselo. El viejo leyó su papel, y comenzó á reir, y dice al monje: Pon tu mano sobre mi cabeza; y como la pusiese, dijo el viejo: yo tomo todo este pecado sobre mí, no hagas mas conciencia de él de aquí adelante. El monje quedó espantado. Pues ¿cómo? parecíame á mí que estaba yo en el infierno, ¿y dícesme que no haga caso de ello? Dícele el viejo: ¿Recibias tú por ventura contento en esos pensamientos malos y torpes? ¡Jesús! dice, no, sino muy grande pena y tormento. Pues de esa manera, dice el santo viejo, claro está que no hacias tú eso, sino padeciaslo contra tu voluntad procurándolo el demonio para traerte con eso á desesperacion. Y así toma, hijo mio, mi consejo; y si de aquí adelante te tornaren á venir esos pensamientos malos, dí: Sobre tí sea esa blasfemia, espíritu maligno, y ese pensamiento súcio; yo no quiero tener parte en eso, sino que creo y tengo todo lo que tiene y cree la santa madre Iglesia, y daré la vida antes que ofender á mi Dios. Con esto quedó remediado el monje, y de allí adelante nunca mas le vino aquella tentacion. Y nóte-

se aquí de camino, para los que por la dificultad que sienten dejan de manifestar sus tentaciones, como es mayor pena y tormento el no declararse uno, que el declararse, como dirémos en su lugar. Veinte años estuvo este monje en grande aficcion y tormento, 3 part., trat. 7, cap. 6, por no manifestar su tentacion, y en manifestándola quedó quieto y sosegado. ¡Cuánto trabajo hubiera ahorrado si lo que hizo al cabo de veinte años lo hiciera al principio! De manera que no es nueva esta tentacion, ni nos habemos de espantar de ella.

Resta decir cómo nos habemos de haber en semejantes tentaciones de pensamientos malos y feos. Algunos no se saben valer en ellas, porque hacen mucha fuerza y ponen mucho ahinco para desechar y resistir á estos pensamientos, apretando las sienes, arrugando la frente, meneando la cabeza, cerrando los ojos, como quien dice: No habeis de entrar acá. Y algunas veces, si no hablan y responden no quiero, les parece que consienten. Mayor es el daño que se hace uno con esto á sí mismo, que el que le hace la tentacion. Estaba el otro criado del rey Saul dando voces de cerca, y reprendia al que las daba de léjos, porque despertaba é inquietaba al Rey: *Quis es tu, qui clamas, et inquietas Regem?* I Reg. c. xxvi, v. 14. Os estais vos inquietando y turbando á vos mismo de cerca, ¿y os quejais de la tentacion